

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 2 de Marzo de 1899

Núm. 432



Yo no sé si aquella luz
la recibe de los cielos
ó de su pupila azul.

Reutlinger.

(Cantar gitano).



NOMOS, geniecillos que labráis en el centro de la tierra el oro brillante y el cristal reluciente, aprisionando en vuestras caperuzas el rayo misterioso del sol, salid de las fraguas.

¡Yo os conjuro en nombre del gigante Tehes! «*Glü goven zenithg!*
Triscad como las cabras, vuestro es el mundo; gozaos en la luz.

Ha sonado la hora en el reloj del Destino: los viejos abominan de los jóvenes; los padres execran á los hijos; los abuelos contemplan á los nietos compasivamente, y en las mesas de disección, los doctores dirigen una mirada estúpida á sus alumnos, porque no pueden explicar como en las vísceras y en los glóbulos aparece la albura del rocío; Campoamor se humilla á las instancias de Romero Robledo para que le coronen, después de haber despojado prosáicamente á los persas, á los árabes, á los griegos de sus galas, y Fabié, boticario y académico, glosa las palabras de Sócrates para calmar el triste dolor de la patria; «pues nada sé, hablo de todo».

Se han cumplido las profecías: «Aquella hora, será la hora en que la Raza no tenga sangre ni nervio, para forjar el hierro que la sostuvo contra las alimañas del bosque.»

Recordad la promesa de Záho: «un día vendrá en que levante Dios su dedo y abandonéis el abismo». Ha sonado la hora: «Gnomos, salid».

Salid y refocilaos. Si el castigo de los inmortales os condenó á trabajar en las tinieblas. la Raza torpe os redime; si os burlasteis de los Cíclopes, Sagasta y sus legionarios se burlan de vosotros; ya no hay puños que se agiten en el aire, ni inteligencia que gobierne á los puños: «la paz, la eterna paz, reina en Varsovia». El último estadista de la Raza, sólo tiene alientos para parodiar al déspota: «*Anhita, gnömek*».

Salid; ya podéis respirar el aire, tan impuro como el que vuestras cavernas enrarece, porque lo ha viciado el soplo de los hombres corrompidos; no rasgará la luz clara vuestras pupilas, porque aquí todo es sombra tenebrosa; no atronarán los ecos vuestros oídos, porque donde quiera reina el silencio del antro.

Castelar gime tristemente, recordando esta sentencia lúgubre de su juventud: «la sombra de sus árboles es letal, como la sombra que prestan algunas plantas de los trópicos».

Por eso bailan habaneras los mozos y juegan á carambolas.

¡Hurra, Gnomos! Vuestra es la victoria: surgid á mi conjuro; soltaos por todo el haz de la tierra; caed, como los bárbaros, de las cumbres á la llanura; saltad, triscad; alegren vuestras carriolas al mundo entristecido; atruenen el espacio vuestros gritos salvajes de conquista. Caiga la Raza pobre en vuestros espasmos de triunfo.

¿Temblaréis, geniecillos? Romero Robledo es simbolo del Arte, Sagasta de la enciclopedia, Fabié de la filosofía... Maquiavelo ha encarnado en Silvela. ¡Vuestro es el mundo, Gnomos.

Pero yo os suplico que después de haberos gozado en la luz y en el aire, saliendo de la triste sombra á que ató vuestra Soberbia la Sabiduría, (cuando se apaguen los ecos bárbaros de vuestra irrupción y caigáis, estúpidos, ebrios, saciados como el vampiro), enseñéis a la Raza (luego que sacuda vuestro letargo el dedo invisible) enseñéis, repito, cómo forjáis el oro y las perlas finas, dentro de las misteriosas concavidades de la Tierra, aprisionando en vuestras caperuzas el rayo alegre del sol.

Oíd, Gnomos, la invocación de un mortal, que os conjura, porque ve obscurecido el Astro de la Idea, repitiéndoos las palabras del gigante Tehes: «*Glü goven zenithg!*»

J. F. Luján.



—Se quejan los hombres porque entramos con sombrero en el teatro.—En cambio se alegran si vamos de gorra.



TERESA MARIANI. — Notabilísima actriz italiana, de la compañía que actúa en Novedades.

QUERIDA IRENE:

... Entre Jorge y yo no hubo historia alguna. Ni novela. Todo lo más fué idilio; puedes juzgar tú misma por el desenlace ❖ Te lo cuento en dos palabras. ❖ Había entrado en mi casa como ladrón poco avezado al oficio. Coloradote, la faz muy encendida, trémulo, palpitante, receloso. Cruzó el recibimiento y el corredor que le sigue casi como una sombra, sin que se oyera el rumor de sus pasos. Cuando estuvo en la sala se dejó caer sobre la primera silla y dijo silbando tenuemente: «¡Martal!» ❖ Le oí con susto y sobresalto, como si aquel quejido viniera, no sé de donde, y entrara como una exhalación en mi propio sér; todos mis músculos temblaron, se irritó mi espíritu; quité bruscamente la teta al niño, y acomodándolo en su cuna, abrí los altos ventanales del huerto para renovar el aire del ambiente. Entró, volando, una bocanada llena de perfumes. Suspiró Jorge otra vez: «¡Martal!» ❖ Había caído la tarde y empezaba á llenarse la habitación de sombras traidoras; tú debes saber, como lo sé yo, que la obscuridad nos permite ruborizarnos impunemente, y que seguras entonces de no revelar nuestras sensaciones, dejamos, sin tino y sin freno, que se apodere del alma la emoción... ❖ Cuando la ola subiendo, subiendo, corre por las fibras y por los vasos

linfáticos, enciende los glóbulos, electriza la membrana, y toda la naturaleza se nos convierte en azogue: la voluntad se rinde; las células duermen, y el instinto se proclama, por un golpe de estado admirable, señor absoluto de la maravillosa máquina que hizo mover el dedo de Dios. Si eso ocurre, la mujer está perdida, como está perdido un barco sin gobierno ni brújula. ❖ Dirás tú: «¿Y por qué vacilabas, y por qué no acudías al llamamiento de Jorge?» Lo ignoro, Irene. Meditando sobre ese particular, he imaginado que me ocurría lo que á todos cuando les amenaza un peligro que *se huele y no se palpa*, si vale decirlo bien. Jorge



Stebbing.

— ¿Qué sucede? — Es el amor que pasa.



Alfred Ellis.

En el Circo.



El día del Corpus en Viena.

era el íntimo de la casa. A mi esposo y á mi nos trataba con devoción afectuosa, y sin explicarme nunca el motivo, yo le veía con gusto, con simpatía creciente. Completaba mi visión ideal del Hombre; hallaba en él rasgos, delicadezas no comunes; halagábame su palique y me complacía aquella majestuosa serenidad de sus ojos. Jamás pecó hasta entonces mi pensamiento, y en aquel punto y hora, si malició fué involuntariamente: ya he dicho que las células dormían, que la voluntad había claudicado: toda yo era instinto; instinto para recelar del Mal, instinto para abandonarme á su incomprensible sugestión... Te juro que nunca habían sido tan dulces y tentadoras las inflexiones de su voz y que resuena aún en mi oído, haciéndome temblar, aquella débil « ¡ Marta ! » ♦ Miraba yo estúpidamente, anhelante, la sombra negra que iba entenebreciendo

lo todo, cuando sentí que su brazo me apretaba con ternura el pecho; del mío se escapó un suspiro; su mano cayó hasta la cintura: era la serpiente que iba ciñéndose á mi cuerpo encendido en ascuas ya. Jorge me arrastró hasta la marquesita, y yo puedo decirte que no sentía el vaho de la carne del hombre: que era fantástico para mí aquel traidor mareo, aquel sopor sublime, de Dioses. Sus labios buscaron mi boca, su cara rozó mansísimamente la mía ¡y todo en silencio! ¡Ni una palabra! ¡Todo en aquella obscuridad traidora! ♦ Si al llegar á este pasaje, te figuras que llegó á su colmo el idilio, te engañas. No hubo más que besos tontos, y ríete cuanto quieras: el abrazo estrecho de dos almas que no quieren pecar. Nó, él no lo quería, y yo, ciega como estaba, tampoco. ♦ De improviso, bruscamente, se levantó Jorge; condújome al balcón, me hizo aspirar el aire tibio de la noche, que se había apoderado ya de nuestro hemisferio: y era su palabra música, ritmo sublime, diciéndome: «Mira cuán puras brillan las estrellas: son los ventanales por donde se asoma á mirar Dios las almas desterradas. Te amo, pero mi pasión no es sentimiento ruín. El monstruo de la carne ha estado á punto de adormecernos. ¿Y después? Yo vagaría errante con el remordimiento de haber cambiado por un segundo de dicha, el amor de muchos séres en la eternidad de las eternidades. El amor no es el Mal, es el Bien. Quiero que tus hijos pronuncien con respeto y cariño mi nombre.» Después de una pausa muy larga, se arrancó de mis brazos, dióme un beso en la frente, y escapándose como una sombra, apagando el rumor de sus pasos, me gritó desde la puerta, gimiendo como antes: «¡Marta, adiós!» ♦ No le he vuelto á ver, Irene. Cuando hubo desaparecido, corrí á la cuna, cogí á mi hijo, le desperté con mis besos, encendí la lámpara, y con lágrimas en los ojos, desabroché el pecho y di la teta al hijo de mis entrañas y de mi amor...

ÍDOLATRADA MARTA:

... Te pedí datos de tu historia con Jorge, porque le oía hablar de Marta con tanto entusiasmo que, francamente, sospeché que hubiera *ocurrido* algún lance entre los dos. Veo por tu carta que tan tonta eres tú como él; pero no te pese, porque después de tres meses de matrimonio, mi Jorge me ha probado hasta la evidencia que sirve para marido, pero no para amante. ♦ Si no os llega á dar por los idealismos puros de dos almás nobles, la aventura te habría hecho caer en los más angustiosos de los desencantos; ¡inútil sacrificio el de tu

tranquilidad y el de tu honra en aras de un enamoramiento estúpido! Jorge sólo sabe amar á la luz de los astros y con los ojos puestos en las estrellas. Esos seres no deberían caer nunca del cielo. ❖ ¡Dichosa tú, amiga mía, que tienes un freno y un sostén en el cariño de tu esposo, y á quien puede redimir de toda sombra de pecado el amor de sus hijos! En cambio tu desgraciada Irene no podrá resistir á esa maravillosa sugestión que apaga el soplo del entendimiento y de la voluntad...

Por copia conforme,
CLAK



Belleza soberana.

Stebbing.

❖

Rasgueos

Me fuí ayer al hospital
y le pregunté al Galeno,
si por mirarme en tus ojos
es fácil que quede ciego..

Recuerdo cuando te escucho
lo que pasa con la cama,
que si estás un poco, gusta
pero estando mucho, cansa..

MORENO.

Cantares

Todo hombre que viene al mundo
tiene un letrero en la frente
con letras de fuego escrito
que dice: «reo de muerte».

Compañero, yo estoy hecho
á sufrir penas crueles,
pero no á sufrir la dicha
que apenas llega se vuelve.

A. FERRÁN.



Reutlinger

La hermosa Cavalieri, rival de la Otero.



—Y que estas flores vivan tranquilas al borde del abismo! — ¡Porque son flores y no mujeres!

Las mujeres

Comedor elegante.—Colgaduras azules.—Cubiertos de plata con incrustaciones, en cifra, de oro.—Magdalena Nigel, joven, guapisima, devota.—El barón, gomoso a pesar de sus treinta años.

EL BARÓN.—Se conoce el día.

MAGDALENA.—¿Por qué?

EL BARÓN (*irónicamente*).—Porque no tenemos convidados.

MAGDALENA.—¿Convidados en viernes de cuaresma?

EL BARÓN.—Natural, á los convidados no se les puede poner á pan y agua.

MAGDALENA.—¿Les invitarías tú para que comieran frugalmente?

EL BARÓN.—¡Nada de eso, querida; mucha carne, mucha carne asada.

MAGDALENA.—¡Hereje! La juventud no es más que podre.

EL BARÓN.—No pensabas así cuando éramos novios.

MAGDALENA.—Ahora tengo sobre mi conciencia tu salvación y la m. a.

EL BARÓN.—¡Pues hija, estaba yo fresco si todo el año fuese cuaresma!

MAGDALENA.—No andaríamos mal... Nos pierde el pecado de la gula.

EL BARÓN.—¿Sólo el de la gula? Por ejemplo, tú crees que te es permitido matarme de hambre, todos los miércoles y todos los viernes, y la vanidad te impide que se siente nadie á tu mesa en esos días, porque llevas hasta la exageración la execrable práctica del ayuno.

MAGDALENA.—Como se necesita poco para pecar... aunque no sirviese á los comensales más que pescado frito... ya ves, los vinos, la animación...

EL BARÓN.—El baile...

MAGDALENA.—Durante la cuaresma no se baila en mis salones.

EL BARÓN.—Nó, no te sulfures; no se baila, no se come. Además comprendo que no es prudente dar Montilla, Burdeos, Saint Julién... con rodajas de merluza.

MAGDALENA.—Eso es, quéjate, impío.

EL BARÓN.—¿Quejarme? Ya ves; toda la cuaresma he de hacer dos comidas, una en casa y otra fuera. Ahora mismo me voy bostezando: lo que tragué aquí, es como si tomara un *vermouth*.

(Veinte minutos después.)

CANDIDITO (*entrando*).—¡Magdalena mía!

MAGDALENA (*levantándose con los brazos abiertos*).—¡Amor de mi alma!

CANDIDITO.—¿Salió tu esposo?

MAGDALENA.—¿Que si salió? ¡hecho una furia!

CANDIDITO.—Mejor: así tardará en volver. Y dime, dime, ¿hubo jarana?

MAGDALENA (*rechazándole suavemente, después de recibir un beso en la mejilla*).— ¡Arre allá, tonto! Ya sabes que siempre busca él pretexto para sus escapatorias.

CANDIDITO.—¡Y tú le ayudas!

MAGDALENA.—Lo que yo hago, es que procuro salvarle de las garras del infierno.

CANDIDITO (*riendo*).—Y él, como el ángel malo, se rebela...

MAGDALENA.—¡No me hables! Corre á la perdición, á meterse en la boca, siempre dispuesta para devorarnos, de la gula.

CANDIDITO.— ¡Qué horror, en viernes!

MAGDALENA (*estrechándole con efusión*).— ¡Le pierde la carne!

GUILLERMINA STOCK

LA BELLA OTERO



Que no quiero que me mires ❖ que me mata tu donaire.

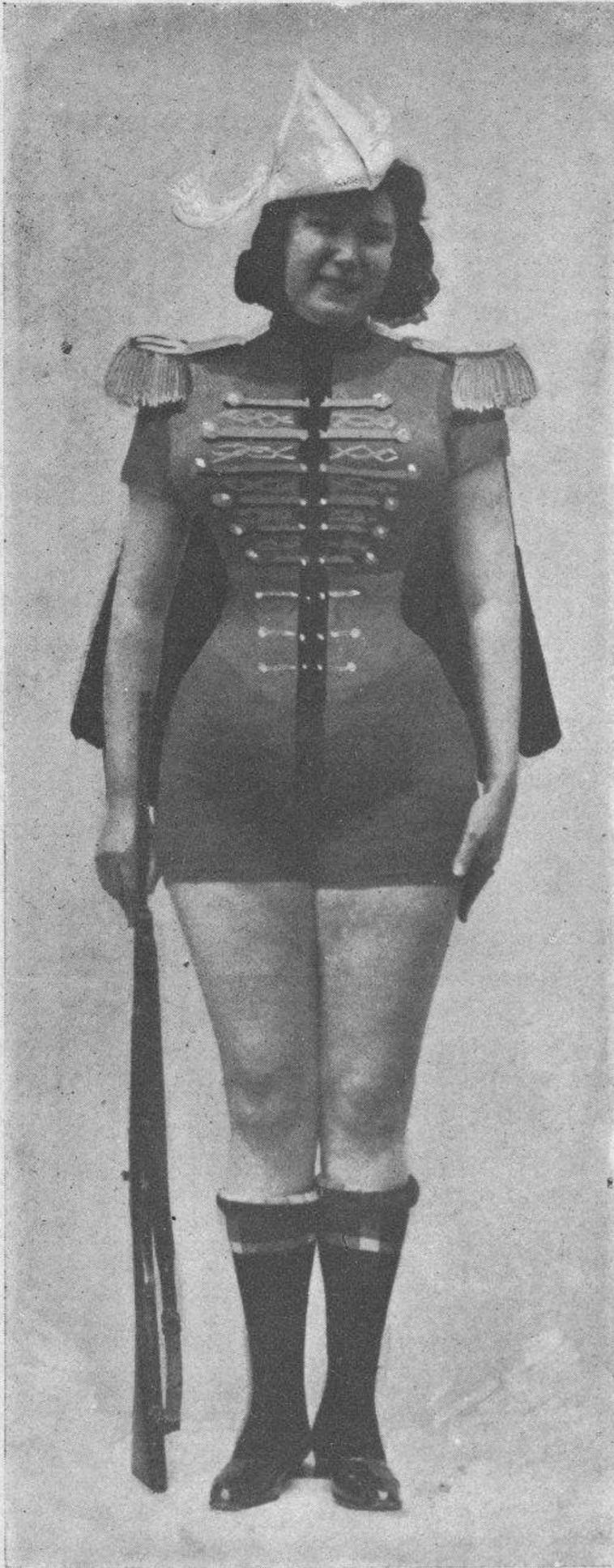
Reutlinger.

LA BELLA OTERO



Porque son tus dos ojillos ♦ como el sol que enciende el aire.

Reutlinger.



¡Se acerca el enemigo! ¡y estoy sola!
¡Firmes! párese usted ahí, paisano.

El Dentusico

Realmente tenía la viveza de un pajarillo. Cuando le vi por vez primera iba cantando alegre con el gran morral á espaldas y caminaba deprisa, sin jadear, como el que está acostumbrado á largas caminatas. De tanto en tanto se paraba para colocarse bien el enorme morral.

Sus cantares nada decían la mayor parte: cuatro versos sin sentido inventados, tal vez, por cabeza hueca, algunas veces cantaba, con voz dulce y suave, cosas que no entendía á juzgar por su

edad: desengaños, terribles pasiones, amores plácidos... Todo en revuelto montón.

Las notas salían de su garganta limpias y vibrantes alegrando las soledades del campo; él solo, hacía tanto ruido como un batallón.

Al pasar por su lado iba distraído pensando en el destino de la humanidad y en la utópica felicidad que buscan los hombres en los grandes centros de población: la verdadera dicha estaba allí, en el seno de la pródiga naturaleza.

El chicuelo me saludó con el proverbial ¡Dios guarde á usted!

Le pregunté muchas cosas.

Era hijo del *Dentuso*, un hombre que estaba tra-



¡Demonio con el hombre! ¡á que me ataca?
¡Calle, es Manuel! *En su lugar...* ¡descanso!

bajando de capataz allí cerca. El le llevaba pan á los que trabajaban con su padre; venía del pueblo inmediato; tenía ocho años y sabía leer, porque había ido á la escuela para que le enseñase el maestro. Ahora tenía que trabajar de hatero, porque la azada pesaba mucho y no podía con ella, no obstante, su amo le había comprado una *mu chiquitica* y con ella; arrancaba yerbas: Jugaba cuando no le veía su padre; se subía á los árboles á buscar nidos.

—¿Y cómo te llamas tú?

—Juan Antonio, pero todos me dicen el *Dentusico*.

—¿Y estás contento con tu vida?

—¡Qué si estaba contento! Mucho, mucho.

—¿Pues no había de estarlo? Casualmente allí, en el cortijo, se vivía bien, comían hasta hartarse y dormían bajo techado.

Lo que le daba alguna rabia era que su padre quería que aprendiese á escribir y tenía que hacer palotes por la noche, que por lo demás todo iba á pedir de boca.

—¿Y cuánto ganas?

—La comida y nada más: soy *entavía mu chico pa* ganar... Pero por el *ivierno* si que gano, porque voy con mi madre á coger aceitunas.

Todos los ños fui al pueblo aquel á pasar una temporada lejos de ese campo de batalla que se llama capital y donde va uno dejando jirones del corazón.

El *Dentusico* fué haciéndose muchacho garrido y robusto. Alguna vez le veía y pasábamos una hora fumando un cigarro y hablando de la vida.

El continuaba siendo feliz con su trabajo; no tenía necesidades, y de salud andaba fuertísimo.

Al anoecer de uno de los últimos días que pasé en el campo caminaba yo hacia el pueblo cuando llegó á mi oído su voz clara y sonora. Juan Antonio cantaba alegre como cuando le conocí de rapaz, pero ahora sus coplas eran apasionadas y al salir de su boca tomaban la expresión del ardimiento más acabado.

Le esperé y poco tardó en llegar al sitio donde yo estaba, con la azada al hombro, caminando con ligereza; dejó de cantar para saludarme con toda la firmeza de que él era capaz y marché á su lado.

Me habló entonces de Rosa, muchacha fresca y

rolliza del pueblo. La quería con todas las fuerzas de su naturaleza bravía y salvaje, y por ella habría hecho cualquier barbaridad.

Ella también le quería mucho y se pasaba las noches en la reja viendo al *Dentusico* que en

unión de algunos compañeros iba á entonar al son de la guitarra coplas alusivas á su amor ardiente.

Antes de salir yo del pueblo hice un regalo al muchachote aquel para cuando se casase, pasadas las quintas, y el me despidió en la estación apretando mi mano con tan extraordinaria fuerza que me faltó poco para gritar.

Durante el viaje fui pensando con envidia en Juan Antonio: él podía ser feliz mientras conservase fuerzas su cuerpo y aquéllas parecían inacabables. Le vi casado con Rosa, trabajando los dos y viviendo llenos de alegría, sin apuros de ninguna clase.

Luego, durante los días de agitación de la capital donde se lucha casi siempre á puñetazo limpio en defensa de la tranquilidad, me acordé muchas veces de él caminando de prisa por llegar antes á ver la novia, con la pesada azada al hombro entonando cantares apasionados...

Después de una ausencia de tres años he vuelto á la aldeíta. El *Dentusico* no estaba allí: se le habían llevado á la guerra, á ese monstruo que sólo se alimenta de carne fresca y fuerte de jóvenes de veinte años.

Creí que el camino donde tantas veces le había visto, con su cara risueña, carecía del encanto que tuvo en otro tiempo: ni los árboles estaban tan verdes, ni el cielo tan azul, ni tan perfumado el ambiente. Figuraos un cuadro hermoso del que se quita la figura principal, una cabeza privilegiada de la que se arranca la razón y podréis comprender la diferencia que yo encontré entre el paisaje de otro tiempo y el que entonces contemplaban mis ojos.

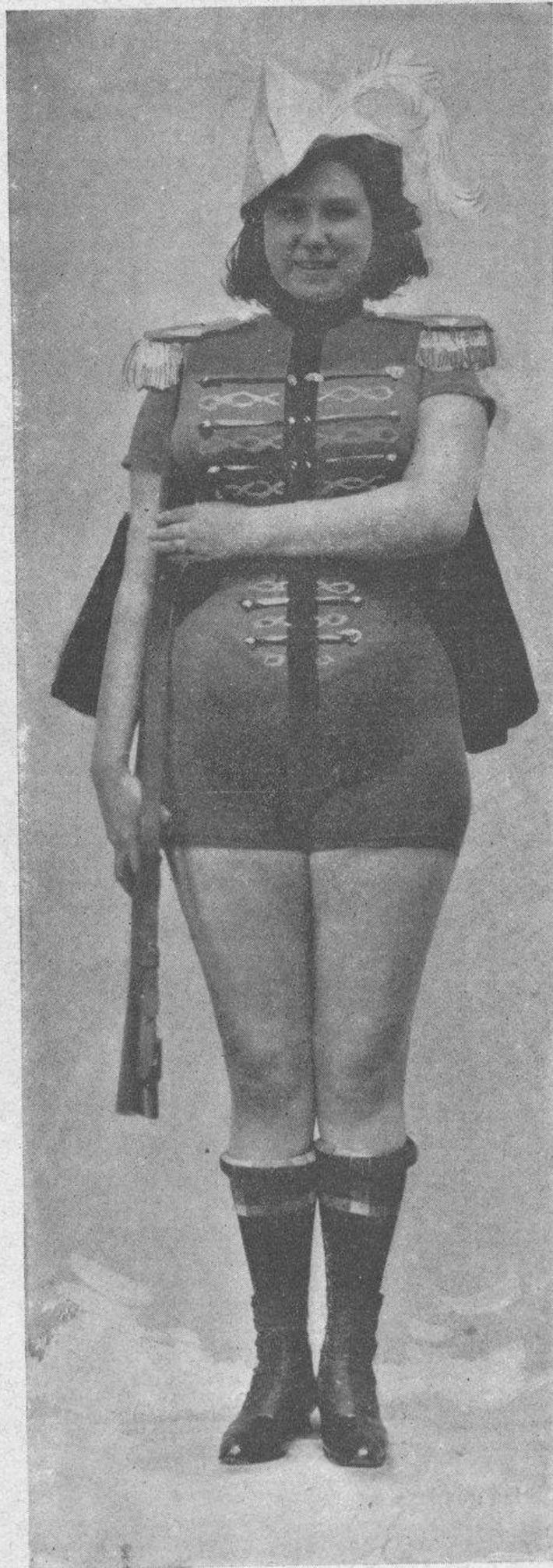
Pero cuando mi tristeza no tuvo límites fué cuando supe que Rosa se había casado con otro muchacho, raquítico y enfermizo que no fué soldado por inútil, pero que tenía algún capital.

Salí del pueblo, sin ganas de volver á él más.

Y desde entonces pido á

Dios que no vuelva Juan Antonio de la guerra; que muera pronunciando con amor el nombre de la ingrata, porque este dolor, con ser tan grande, no será comparable al que sufriría al ver que la mujer de sus ilusiones se ha vendido como trapo viejo.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



¡Dios te guardel! ¡Buen susto el que me distel!
No puedo saludar más que *terciandol*!



¿Que soy mona y soy reina de las guapas?
¡Presenten, ar!... Se estima, mamarracho.

Cristina

Vayan ustedes á saber por qué aquella muchacha se había empeñado en ir á la guerra; por qué anhelaba abandonar la tranquila morada, para prestar sus servicios á los que, lejos de la patria, velaban por el honor de su bandera; por qué ansiaba lucir el vistoso uniforme de camillera de la Cruz Roja, en medio del tufillo de la pólvora. ¿Por qué era? ¿por caridad? ¿por amor patrio? ¿por romanticismo?

Váyanlo ustedes á saber.
La cuestión es, que cuando aquella muchacha, revoltosa y nerviosilla, pensaba en su próxima partida, creíase ya en el campo de batalla, envuelta en densas humaredas, sintiendo silbar los cascos de metralla, escuchando el horrible estampido del cañón, atravesando por en medio de los briosos corceles, dejando atrás millares de muertos y heridos, pálidos y desencajados éstos, con faz colérica aquéllos, y viendo combatir con energía y denuedo los grupos de héroes cuyos calzones colorados se destacaban en lontananza sirviendo de blanco á los disparos de fusilería de las hordas salvajes; de aquella manada de fanáticos aguerridos que peleaban impulsados por



¿Que te abrasas de amor?... ¡Armas al hombro!
Póngase usted al fresco ó tome un baño.

sus santones, hundiendo las gomas en los pechos españoles y muriendo muchos de ellos con el cráneo machacado por las culatas de nuestros fusiles. Cuando pensaba en su marcha próxima, soñaba hallarse en el fragor del combate, viendo á un jinete y á un caballo perseguidos por unos cuantos salvajes, á quienes (después de cansarlos y acorralarlos) daban caza, destrozando el último y haciendo presa en el primero, que caía desfallecido, yendo á chocar en el árido terreno, mientras ella, revólver en mano, se introducía en aquella valla de carne, ávida de saciar la sed de venganza, y abría paso en fuerza de lucha hasta llegar junto al cuerpo del soldado herido, el cual al verla dibujaba una sonrisa cariñosa y despedía



¿Pues no intentaba besarme el atrevido?
Un quite á la cabeza, y no hay cuidado



de que llegue su boca á mis mejillas.
¿No vale la estrategia? Me preparo.

por sus chispeantes ojos una mirada de agradecimiento. Por fin ella, sin temer la osadía de aquellas fieras, curaba al herido, siendo protegida por una heroica guerrilla que se desplegaba hacia aquella parte del campo, dejándola en libertad de socorrer á aquel valiente, quien derramando su sangre pretendía incorporarse, sin poder conseguirlo, y murmuraba unas palabras de reconocimiento á la heroína, y si no la besaba era porque le faltaban fuerzas para erguirse.

¡Qué feliz se consideraba Cristina al pensar que no tardaría en trocarse en realidad lo que hasta entonces constituía un sueño!

Dentro de breve plazo podría ser útil á la pa-

tria; contemplaría escenas dignas de ser descritas por un Galdós y acaso representara interesantes papeles en algunas de ellas; no tardaría mucho en ser el ídolo de un ejército entero, de una nación en masa.

Y eso era lo que ella quería, eso; ser adorada por su patria; que la prensa hablara de ella, de sus hazañas; que la historia imprimiera su nombre y sus hechos; en fin, darse á conocer, derribar esa impenetrable valla de las celebridades y llegar gloriosa al mundo de la inmortalidad.

¡Qué feliz se consideraría Cristina, si muriese distinguiéndose al final de la jornada, cuando ya la victoria fuese nuestra! Hubiera querido resucitar incógnitamente para presenciar su entierro que había de ser grandioso, magno; iría precedido su cuerpo inerte de un pueblo que la aclamaría aun después de muerta y seguida de todo el ejército con músicas, cornetas, clarines y tambores; acaso la condujeran á la tumba en la cureña de un cañón con haces de coronas y mares de lágrimas. ¡Quién sabe si le erigirían un monumento

y hasta si le dedicarían una calle! En fin, que podía ser la heroína del siglo y para ella toda la gloria, los honores todos.

¡Cuántas y cuántas ilusiones se forjaba; cuántos castillos en el aire para ser derruidos al soplo más ínfimo de la realidad!

¡Qué vida más hermosa es la que un sér se forma en la mente llena de romanticismo! ¡Qué deleite es la vida imaginaria y qué contraste tan duro es el que ofrece al ser comparada con la verdad!

Aquella muchacha todo lo veía color de rosa; la vida en campaña constituía para ella la alborada de uno de esos días en que el vientecillo leve columpia á los pajarillos en las ramas y la corriente del riachu lo les arrulla para que recobren el sueño matinal, mientras ellos pían y revolotean, como inocentes criaturas que se delician jugando en la cuna.

* * *

Después de pasados algunos meses, cuando la



¿El ataque es formal? Rodilla en tierra;
atrás, caballería! Formo el cuadro.



Apunto y... ¡Fuegol... ¡Digo, qué valientel
¡Corre como alma que arrastró el diablol

guerra africana hubo terminado, había sido regado el campo moro con sangre española, desembarcaban en Málaga centenares de heridos, resignados todos ellos con su suerte.

Era espantoso ver aquellos infelices postrados en tristes camillas, aprisionados por fuertes vendajes y presa de la fiebre que les devoraba la existencia.

Yo veía pasar aquella procesión de moribundos enjugándome dos vergonzosas lágrimas que con cierto recato se habían asomado á mis pupilas; veía pasar aquel cortejo de mártires patriotas con el corazón destrozado: los miraba y creía que era un sueño.

El pueblo en masa vitoreaba á los recién llegados, obsequiándoles generosamente.

Llevaba yo en el bolsillo algunas monedas de cobre, y echando mano á ellas, fui á entregarlas al herido que pasaba por delante de mí en aquel instante, pero no pude.

Vi un rostro que no me era desconocido, arrebujaado en una manta, escuálido, amarillento, y una

mano huesosa, casi trasparente, que demandaba la mía para que la estrechase...

Era Cristina que me llamaba con voz trémula, haciendo un esfuerzo poderoso para que la oyera.

Me acerqué á ella, y sólo me dijo que había recibido un desengaño; que sus sueños habían salido frustados; que una guerra es más espantosa, más horrible de lo que nos figuramos y que no la olvidara: que no borrarse de mi memoria ni su cariño hacia mí, ni su nombre.

Luego pasaron días y días, hasta que llegó uno en que sus fuerzas se acabaron, y después de besar fervorosamente mi mano y de balbucear algo así como:

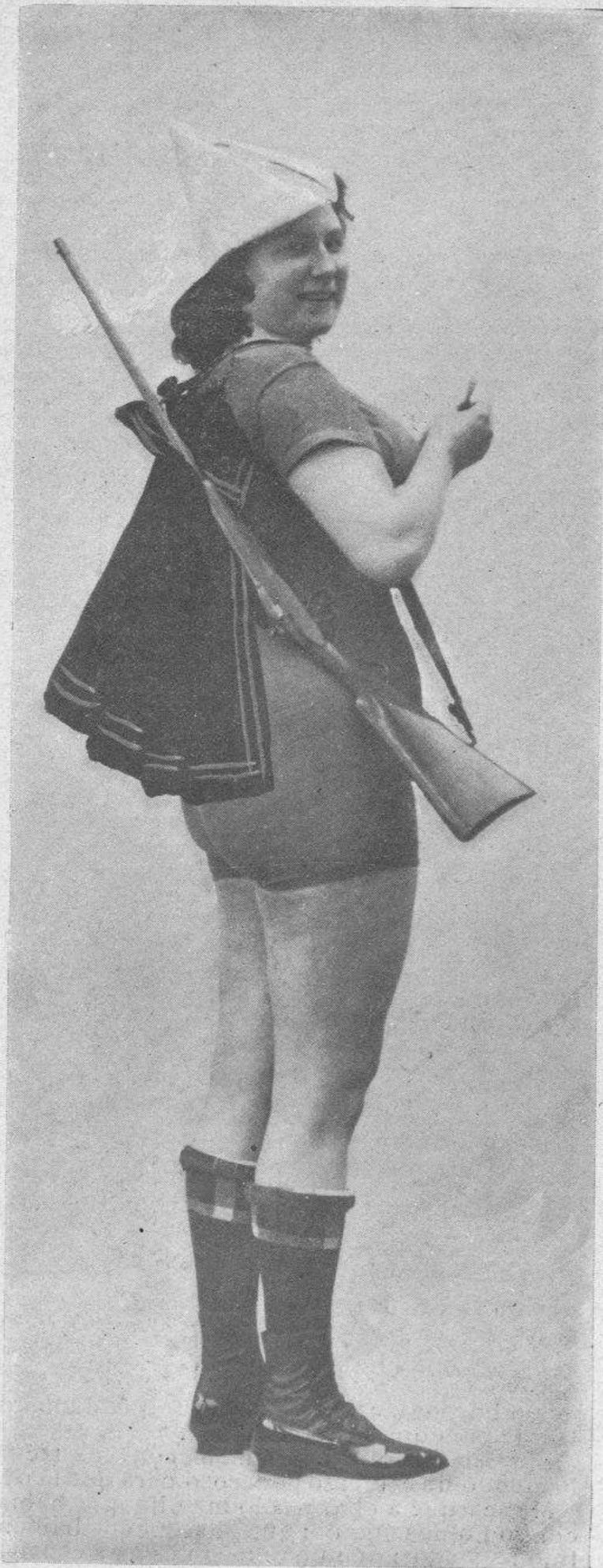
—He sido una loca.

Lanzó un quejido estertóreo que puso fin á su existencia.

Más tarde fué conducida al cementerio en un miserable ataúd, embadurnado de negro, y nadie se acordó más de ella.

¡Pobrecilla! Lo que ella creía amor patrio; lo que juzgaba caridad... era puro romanticismo.

GERARDO DE ANA



¡Tonto, si no era en serio! ¡Rompan filas!
Pues tengo al enemigo derrotado,

El canto de la orgia

(Al doctor Antonio S. Briceño.)

Al pobre soñador, que se encontraba
De bulla con sus fieles compañeros
En el antro infernal de la taberna,
Mal oliente y estrecho,
Cuando iba á alzar la transparente copa
Do reía el ajeno,
Le hablaron de su amada
Que le tenía en triste alejamiento:
Y al escuchar su nombre
Tan dulce como tierno,
¿Quién no dijera que la muerte fría
Acababa de darle un triste beso?

«Olvida ¡oh vatel tus amargas penas,
Bebe, y olvida el importuno duelo
Y entona la canción de los amores»,
—Le gritaron los ebrios—
Y el pobre bardo se enjugó las lágrimas,
Que el rostro le quemaban como fuego,
Y empezó la canción de las orgías,
El himno rudo de sus vivos versos:

... «Y brindo por las reinas de las fiestas;
Por las hetarias de turgentes senos:
Las diosas del amor y del deleite:
Las dulces compañeras del bohemio,
Que mitigan los íntimos pesares
Curando las heridas con sus besos ..
Por los que tienen hambre y no se humillan;
Por los altivos, de la suerte huérfanos;
Por el que pasa el día en los talleres,
Del augusto trabajo magnos templos;
Por todos los que sufren en la tierra;
Por todos mis queridos compañeros;
Por la mujer con quien la luz primera
Mañana me sorprenda sobre el lecho:
Por sus gratas caricias que adormecen;
Por mi amada también...»

—«¡Calla, blasfemo!

—Le gritaron á coro
Sus fieles compañeros.—
No profanen tus labios ese nombre
En la lúbrica fiesta de los ebrios...»

Y el pobre soñador, como si un rayo
Le hubiese herido el corazón certero,
Se puso á sollozar y ocultó el rostro
En los pliegues de seda del pañuelo,
En tanto que las notas de aquel himno,
Que aplaudieran los ebrios,
Tal vez repercutía en los oídos
De su amada, á lo lejos,
Como escuchan las aves de la selva
El ronco grito del chacal hambriento...

F. MONTESINOS AGÜERO.

El monstruo

(No me he suicidado.)

Pues señor... Andaba yo muy aburrido estos dias por esas calles. ¿Saben ustedes la causa?

Nó, si no lo digo ¿cómo van ustedes á saberla?

Verdad que también cometo la grosería de presentarme, así, de sopetón, como se presentan nuestros hombres públicos, sin saludarles, sin dar noticia de mi ausencia, que, como es natural, habrá afligido á mis lectores mucho.

Ah, pues subsano la falta en seguida.

Acabo de hacer un viaje de *circunvalación* (no eléctrico) por Europa. Alguien pensará, ya lo sé, que quiero darme tono. Bueno ¿será por eso menos seguro que he corrido la Zeca y la Meca?

Después de todo, no hago más que imitar á mis ilustres compatriotas que nada saben hacer á cencerros tapados, y cuando viajan de incógnito, es cuando mejor se enteran las gentes...

Decía que andaba yo muy aburrido. ¡Figúrense ustedes cómo! A lo mejor detenía al primero que me saludaba para preguntarle: «¿De veras me conoce usted?» — «Claro, recuerde usted la noche en que le pedi una perra chica para comprar una caja de fósforos, y me contestó que no tenía suelto» — «¿De modo que tengo cara de español?... Esta última pregunta no es tan maliciosa como se les puede á ustedes figurar: ocurría que me tentaba yo la ropa y el cuerpo para ver si era inglés ó yankee.

Tenia mis dudas. Y se habia apoderado de mi alma tan fuerte esplin...

Que pensé en la ^{***}manera más práctica de suicidarme.

¿Me descerrajaría un tiro? Era preciso pedirle el revólver y las cápsulas al Director de LA SAETA, y Luján me habria dicho burlándose: «Mátate». Me carga que tomen á risa cosa tan seria los amigos. ¿Me ahorcaría de un árbol? Todos los suicidios... hasta el de Séneca se me antojaban prosaicos, absurdos.

Pero cierta noche (y aquí entra lo bueno) meditaba yo sobre mis tristezas recitando doloras campoamorianas, con el codo puesto en la barandilla de la calle de Aragón. En eso estaba, cuando oí el silbido agudo de un tren que me pareció la trompeta del Juicio final. Hice en dos segundos el recuento de mi vida, resolví el pleito, encendí un cigarrillo y esperé filosóficamente echando al aire bocanadas de humo.

Era de noche, sí, ya lo he dicho, era de noche...

Volvió á silbar el tren: la trepidación producía á lo lejos rumor sordo, como de ola gigante que avanza amenazando barrer la inmensidad. El Municipio, ó sus dependientes, se habian olvidado de encender las farolas de aquellos solitarios lugares... Y yo, con la cabellera (no soy esteta, conste) encrespada, encandilados los ojos, el cerebro convertido en olla de grillos (porque unas células me decían «échate» y otras «nó» y otras «sí»), me disponía al sacrificio cruel.

Creció el estrépito; apareció en el fondo obscuro la luz roja; se encendió de repente la verde; soltó el monstruo una columna de chispas y pasó vertiginosamente por debajo de mis pies, haciendo temblar los cristales de las casas. Una nube densísima de humo envolvió mi figura, á tiempo que yo me quitaba el sombrero, saludando al gigante del siglo.

Cuando salí de la alucinación, cuando pensé seriamente en suicidarme, la locomotora silbaba gozosa lejos de mí.

Y me alegro, porque si me decido en aquella ocasión, no habria tenido tiempo para despedirme de ustedes.

CLAUDIO UGENA



descanso á discreción, que bien merezco fumar tranquilamente un buen cigarro.



MISCELANEA



Me preguntan atentamente algunos lectores si Guillermina Stock es extranjera.

Supongo que es el apellido lo que motiva la duda, puesto que la notable escritora tiene probado cómo maneja el habla de su nación.

Pero en fin, la pregunta es cortés y fina, y autorizado por la dama, puedo dar estos datos: su abuelo fué sueco, su padre gaditano y ella nació en Córdoba. En la rama materna, no se encuentran más que españoles.

Que es joven y hermosa, lo añado yo por mi cuenta. Posée ilustración vastísima y tanta cultura como deseo yo para todas las mujeres de mi patria. Ha escrito y sigue escribiendo algunos estudios de mujer, de los cuales son apuntes los publicados en LA SAETA, en que acredita su talento de observación y los rasgos de su ingenio.

Guillermina Stock, agradece los elogios que se le prodigan y no acepta los piropos, porque es casada, y por cierto perfecta casada.



Para formar el alma
que poseemos,
diz que junta en la Gloria
el Padre Eterno,
á cuantos seres
han logrado escalarla
ya por sus preces,
ó por tener la madre
que les quisiese...
Y tan pronto ha logrado
verlos reunidos,
coge un alma que entrega
á pedacitos,
para que sea
repartida entre un hombre
y una hija de Eva.
¡Ya no me extraña,
que nos cueste hallar nuestra
media naranjal!



En una de esas reuniones *cursis* en que tanto abundan las viudas guapas, preguntóle un pisa-verde á una ídem en segundas nupcias.

— Señora, dispéñeme usted la curiosidad, á cuál de sus dos maridos amó usted más, al primero ó al segundo?

— Al segundo.

— ¿Entonces usted ahora en casándose de nuevo deberá amar mucho más el tercero?

— No, señor, menos; porque al segundo ya le amaba antes de casarme con el primero.

La decepción del pollo, no pudo ser más tremenda.



Visitaba el Doctor X
á la suegra de Juan Lara,
en ocasión en que el yerno
hubo de entrar en la sala,
y cuando dijo el Galeno:
— Tiene usted la lengua mala,
exclamó el bueno de Juan:
— Pues su dolencia no es nada.
¡Puedo afirmaros Doctor
que siempre la tuvo mala...!



— Yo no he recibido nunca calabazas.
— Lo dificulto.
— Te digo que nó, hace diez años que me casé

con la única mujer á quien he pretendido en mi vida.

— ¿Y eres tú capaz de afirmar, que tu mujer no te ha dado calabazas dobles?

— No te entiendo.

— La mujer no perdona jamás, el que se jacte un hombre de no haber sido despreciado por ella nunca.



CHARADA

Clemente Estela — Valencia.
En forma de telegrama,
me decido á dedicarte
esta presente charada.
Tengo un lindo *prima tres*
que me regaló una hermana,
(hermana pero de leche)
del que fué ministro, Maura.
Tres te burles, que es muy cierto
y no lo tomes á guasa;
por el dios *primera doble*
te aseguro que no es chanza.
Además también conservo
como reliquia sagrada,
un *dos prima*, que fué usado
en aguas de... una jofaina.
Supongo que has acertado
el *todo* de mi charada,
si no, busca en «La Saeta»
y lo verás en sus páginas.

MORENO.



Acertijo



Estos cuatro puntos son
caro lector, un tejido;
y leyéndolo al revés,
es verbo en infinitivo.

MAGIN-LEY.



Rombos enlazados



Substituir las estrellitas por letras, de manera que vertical y horizontalmente, se lea en la 1.^a línea del primer rombo, consonante, 2.^a embarcación, 4.^a poesía y 5.^a vocal; en la 1.^a línea del 2.^o rombo, consonante, 2.^a combustible, 4.^a condimento y 5.^a consonante, y en las terceras líneas de ambos rombos, los dos apellidos de una conocida escritora.

K. MARÁ.



Tercio silábico



Substituir las estrellitas por letras, que leídas

horizontal ó verticalmente resulte: 1.ª línea ciudad, 2.ª tiempo de verbo y 3.ª fruta.

PEPITO ACRÓSTICO.

Tarjeta

S.
RAMON CARPENA Y CASTI

Con estas letras debidamente combinadas, fórmese el título de una aplaudida zarzuela

A. ARROYO MANJÓN.

Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADA.—Caramelo.

EMBUCHADO LITERARIO.—Pepe Gallardo.

COPA NUMÉRICA.—Gumersinda.

ROMBO LOGOGRÁFICO.—

A
E J E
A J E N O
E N A
O

CRUZ.—

P A B
A B E
P A L A C I O
A B A D E J O
B E C E R R O
I J R
O O O

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Atrasar.

Correspondencia

A. A. M. — Aprovecharé parte.

J. V. F. — Los *pasatiempos*, sí. Lo otro, es mejor que se lo cuente á ella.

Capacete. — Espere á que *concluido* y *anodino*, sean consonantes y entonces la publicaré

Zaragatero. — Utilizaré el Rombo.

I. T. — Alguno de esos juegos, ya me lo había enviado. Lo otro no sirve.

M. R. — Su carta y la segunda de su amigo obran en mi poder. Siento no complacerle. pues los versos son flojos é incorrectos Me gusta a'entar á los jóvenes, pero no me es posible abrir la manga. Que pruebe, si quiere, otra cosa y veremos.

Genicus. — ¡Hombre, tan fácil como es saber de cuantas sílabas se compone el verso octosílabo! Ocorre que ustedes se empeñan en ser poetas sin estudiar una

palabra, ni aun las sencillas reglas, que han escrito tantos doctos varones, para versificar. Ciertamente que el poeta *nace*, pero crea usted que es muy conveniente no fiar demasiado en las credenciales que se trae uno del paraíso.

H. G. — No se compagina que lea usted el Kempis y quiera matar á su novia; vamos á ver, en confianza, que yo no lo diré á nadie; ¿es absolutamente exacto que la niña se haya burlado cruelmente de su amor? ¿O es que se habrá aburrido de leer los muchos disparates que le soltaría usted en verso?

U. C. O. — ¿Sabe usted que me tiene enamorado el pensamiento? He leído la composición con la buena voluntad de salvarla. Imposible; la forma es detestable. Rómpala usted y escribala de nuevo; entonces repite la maniobra, y eso una, dos, tres... equis veces: puede que así consiga indulto de las musas y un soplo de inspiración, que bien lo necesita.

T. F. R. — Si empieza usted diciendo que me manda unas tonterías ¿cómo diablos voy á ser tan tonto que no me fije en ellas?

L. M. R. — Aprovecharé algunos de esos epigramas, porque son *bien intencionados*. No juegue usted del vocablo, querido.

¿Sirve? — No sirve.

Cinquena. — ¡Tomal ¡tomal

«Varita mágica es tu amor
que hace lo que quiere de mi amor;
por eso en la flor de mi amor,
no hay más que amor, amor y amor.»

Lo que es á la chica, le habrá gustado mucho, porque tiene amor para un semestre.

Riquetrún. — Y rique... riquetrún
ay. Jesús, qué mala pata
que se trae usted en la pluma,
Riquetrún...

E. R. V. — «Me asaltan lúgubres ideas; estoy *fiebrudo* constantemente triste; á lo mejor tiemblo sin saber por qué; me arañaría, me *rebatiría* contra las paredes...»

Malos síntomas: debe usted preparar á toda prisa una celda en el manicomio.

Eléctrico. — «Bajó San Juan de los cielos
para bañarse en el Jordán...»

¡Gachó, y qué fuerte está usted en... *numismática!*

Alteas. — ¡Carapel! Y qué mal hizo la suegra de usted en morir! La elegía que usted le ha escrito me ha levantado tan fuerte dolor de cabeza que...

No puedo continuar abriendo cartas.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semnario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA
Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

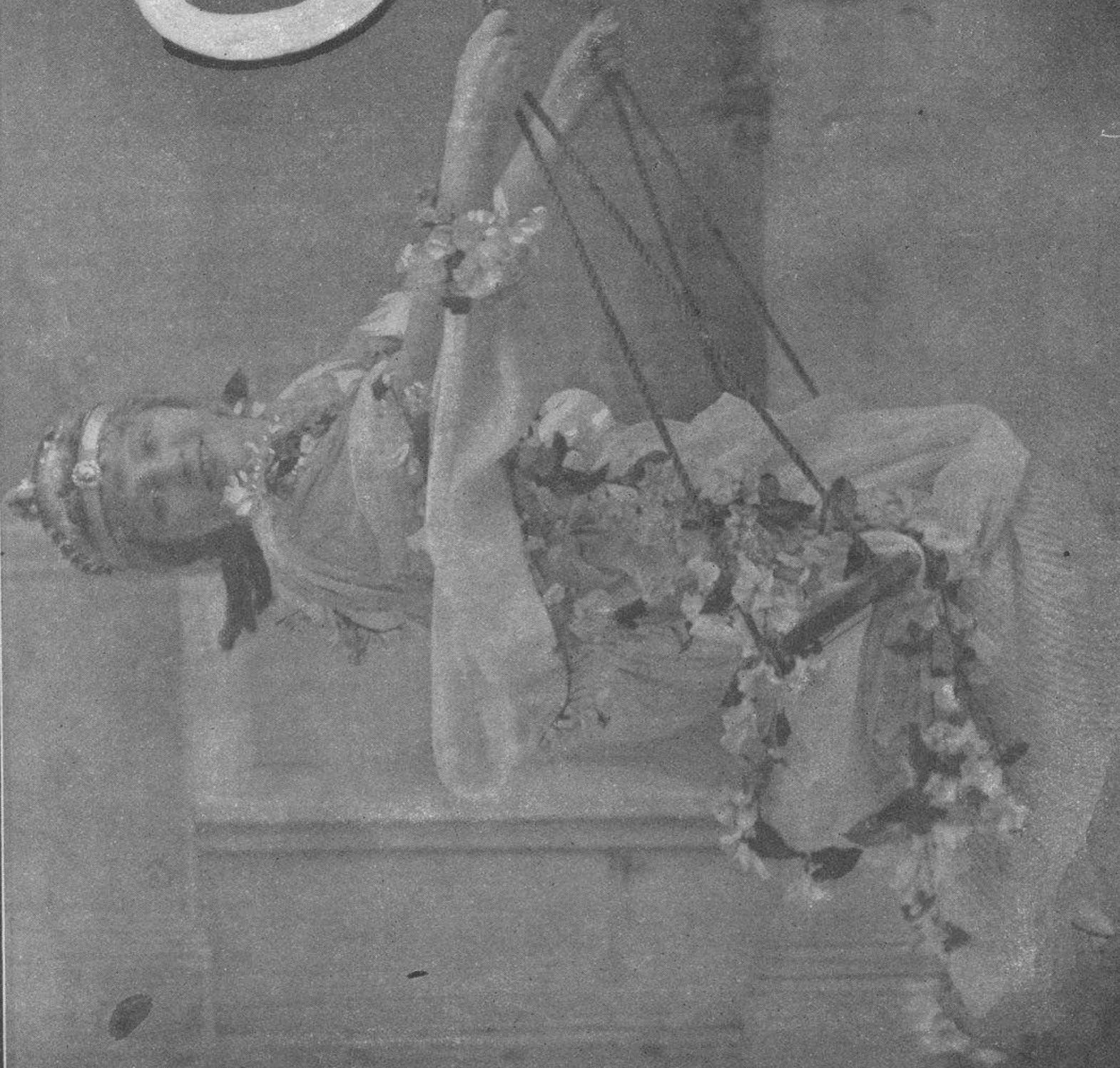
España y Portugal, semestre	6 pesetas.
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.



¿No habrá un hombre que resista ❖ poniéndoseme delante ❖ mi terrible puntería?

LA SAETA



20 cents.

M.E.C.D. 2016



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Núm. 433

